

NOTAS SOBRE LA TRADUCCIÓN

Para Ángel Campos Pámpano

Lo escribo en un párrafo aparte para no olvidarlo: no imaginar, no utilizar la fantasía, no crear mundos.

El trabajo se traduce en palabras. El esfuerzo más duro. La preocupación se centra en el significado, sí, y en la elección de las palabras. De cada palabra. Pero no en la invención. Es, por ello, si se encara como *escritura*, el ejercicio que más esfuerzo requiere. Un ejercicio de permanente limitación, de frenar constantemente el pensamiento para huir de la exhuberancia de la fantasía.

El camino del escritor y el del traductor son, de cualquier modo, similares. Podría matizarlo. El del traductor debería ser paralelo al del escritor, pero sin perder nunca de vista el final del camino. Es decir, mientras el escritor avanza a ciegas en el curso del poema, el traductor, sabedor del producto final en su lengua de origen, debe ir del principio al fin y del fin al principio cuantas veces sea necesario, andar en paralelo pero sin perder nunca de vista la perspectiva del lector. De la lectura.

Al final, ya consumado el camino, tanto el escritor como el traductor sienten que su trabajo es siempre, absolutamente siempre mejorable. ¿Quién se atrevería a decir que un poema o un cuento o una novela no es mejorable en algún aspecto? ¿Quién se atrevería a decirlo de una traducción? Trabajamos, en ambas direcciones, con palabras, que tienen fecha de caducidad. Las palabras son nuestro único material, la única herramienta. Palabras que significan cosas distintas aunque se escriban igual, que se ríen de nosotros y juegan a ser prestigiosas cuando las escribimos en un libro.

Antonio Sáez Delgado